

## JOSÉ VIDAL BENEYTO

(CARCAIXENT, 26 DE JUNIO DE 1927 - PARÍS, 16 DE MARZO DE 2010)

Juana Escudero Méndez<sup>1</sup>

«La democracia es esencialmente un proyecto ético, basado en la virtud y en un sistema de valores sociales y morales que dan sentido al ejercicio del poder. (...) Cuando, en una democracia, las principales fuerzas políticas, en plena armonía mafiosa, se ponen de acuerdo para timar a los ciudadanos, se produce un descrédito de la democracia, una repulsa de la política, un aumento de la abstención y, más peligroso, una subida de la extrema derecha.»

Son palabras de un filósofo, sociólogo, politólogo, jurista, ensayista, comunicador, investigador, agitador, profesor, escritor... De un hombre excepcional de 83 años entonces, con el vigor, la rebeldía, la lucidez, la valentía que mantuvo siempre.

Nació en Carcaixent (Valencia) el 26 de junio de 1927. Hijo de un productor y comerciante valenciano acaudalado, exportador de cítricos. De los 17 a los 20 años vivió alojado en la residencia del *Opus Dei* en Valencia. Después de aquel periodo, llegaría el momento de anunciarle a su padre que se marchaba a París para seguir con la filosofía.

Llegó a París contra la voluntad de su padre y sin pasaporte. Desde 1949, estaría ya siempre a caballo entre España y el exterior, intentando acercar una a otra, tejiendo lazos, como explica ahora, atenta a honrar su memoria con la fiel verdad de los hechos, su compañera durante décadas, Cécile.

«No sé cuál fue su proceso en aquellos años, pero lo cierto es que se rebeló contra el régimen y su propio padre», cuenta su gran amigo Carlos Bru, notario y ex eurodiputado. Vidal Beneyto jugó un papel crucial en la lucha antifranquista durante casi 30 años. En palabras de Edgar Morin, fue un «hombre consciente y apasionado, que trocó su fe católica por una fe definitiva en la emancipación humana».

Cursó, al mismo tiempo, Derecho y Filosofía y Letras entre 1944 y 1949, estudios que inició en Valencia (los tres primeros años), continuó en Madrid (en Derecho, será compañero de

<sup>1</sup> La autora quiere mostrar su profunda gratitud a Cécile Rougier, compañera de vida del Profesor Vidal Beneyto durante casi cuarenta años, quien ha revisado y dotado del rigor que sólo ella puede conferir a este texto.

carrera de Guillermo Luca de Tena, José María Gallardón, José Mario Armero, Francisco Carlos Sainz de Robles, Rafael Pérez Escolar y Ramón Mendoza, entre otros). Aquellos fueron los años de las tertulias filosófico-literarias del Gijón y de Gambrinus, que frecuentaba junto a Luis Martín Santos, Paco Benet, Ignacio Aldecoa, Pepe Suárez Carreño, Eva Forest, Alfonso Sastre, Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité... y concluiría con extraordinario éxito. Los amplió luego en La Sorbona de París, en Cambridge y en Heidelberg donde estudió, además, Sociología. En aquel tiempo, la sociología era impartida como una disciplina dentro de los estudios filosóficos. Aún no tenía el status propio que conseguirá un poco más tarde. Se declaraba por ello discípulo de Merleau-Ponty, Raymond Aron, Karl Lowith y Theodor Adorno y, de manera más general, de la denominada «Escuela de Fráncfort» y de su teoría crítica. Después de la Transición, en 1982, sería nombrado catedrático extraordinario de Sociología.

De tan vasta formación, sus amplias áreas de especialización. En sus propias palabras, la sociología del conocimiento, de la comunicación y de la cultura. También se interesaba por la sociología de las relaciones internacionales.

Vidal Beneyto era una personalidad capaz de conciliar dimensiones que suelen mostrársenos como alternativas: a la par intelectual y hombre de acción, siempre a caballo entre España y el extranjero, valiente defensor de un doble compromiso que asume ya en su juventud: por una parte, con la democracia de progreso y, por otra, con la docencia y la universidad.

Políticamente, participa, desde 1948, en el movimiento democrático de estudiantes, como independiente y, a través de la FUE, en la aquella lucha contra la dictadura que desembocaría en los sucesos de Febrero de 1956: un descalabro importante para el régimen franquista.

Militante europeísta de la primera hora, colaboró con el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo creado, fuera de España, en 1949 y fue miembro muy activo en la Asociación Española de Cooperación Europea (AECE), creada en 1954 que, junto con el Instituto de Estudios Europeos de Barcelona y con la Liga de Cooperación Económica, promovía en España los ideales europeos. Es el momento en que, en palabras suyas, «La oposición (...) hace del europeísmo su banderín de enganche». En palabras de Marcelino Oreja y Guillermo Luca de Tena, «asoció democracia y Europa a un mismo combate».

Vidal Beneyto fue, sin duda, con Enrique Adroher-Gironella, uno de los promotores y organizadores, en 1962, del denominado –por los medios de comunicación franquistas– *Contubernio de Múnich*, nombre que los propios instigadores de la reunión, la AECE y el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, hicieron suyo con deportividad. El propio Vidal Beneyto relató todos los detalles en uno de sus múltiples artículos publicados en *El País*, el 6 de junio de 2009, *¡Los de Múnich, a la horca!*, en una historia que desvela su espíritu imaginativo y creativo, del que habla otro de sus grandes amigos, el político Marcelino Oreja.

Vidal Beneyto pretendió primero que se organizara un congreso sobre Europa en Mallorca en 1960 que, tras ser autorizado por la Dirección General de Política Interior, fue prohibido directa y personalmente, por teléfono, por el Ministro de la Gobernación. «Europa era democracia; la bestia negra del franquismo». Tras un nuevo intento en Estrasburgo, bajo el patrocinio del Consejo de Europa, que las presiones diplomáticas del gobierno español consiguieron impedir, la reunión tuvo lugar en Múnich, en el marco del VI Congreso Internacional del Movimiento europeo, bajo la presidencia de Maurice Faure. Y hasta allí viajaron ciento dieciocho españoles: treinta y ocho venían del exilio y ochenta, del interior. Se configuró como un encuentro de personalidades del europeísmo español del exilio y del interior. Presentaron formalmente, en nombre de la España democrática, la petición de su integración en la Comunidad Europea tan pronto se reunieran las condiciones políticas que lo hicieran posible.

El éxito de la reunión fue absoluto, tanto en términos políticos como mediáticos. Su designación como «el contubernio de españoles fracasados, traidores a la Patria y filocomunistas» y la siniestra campaña de prensa organizada por el franquismo le dieron extraordinaria visibilidad, reforzada por la dureza represiva del régimen, que castigó a todos los participantes en él al confinamiento o el exilio.

Reunir a la oposición del interior y al exilio era, en esos años, una tarea extremadamente difícil. Había por ambas partes enormes reticencias, por proceder de los dos bandos enfrentados en la guerra civil. Vidal Beneyto supo hacer de enlace entre los políticos que desempeñaban cargos en las organizaciones legales bajo el régimen de Franco y los exiliados. Tierno Galván escribiría: «Sin su intervención personal, sin su enorme capacidad persuasoria y movilidad, el acontecimiento de Múnich no hubiera sido posible».

De los cientodieciocho asistentes a ese encuentro, los que acudieron desde España sufrieron duras consecuencias, ya que el régimen franquista los castigó con el destierro, el exilio o el confinamiento en las Islas Canarias.

En su obra *Diario de una ocasión perdida*, Vidal Beneyto explica la reacción del régimen de Franco: «... su instinto político le hizo ver que la hipótesis de Múnich, que luego reprodujimos en la Junta Democrática, era la única que podía poner fin, pacíficamente, a su régimen... Múnich fue, en su intención última, ocasión de presentar a Europa un frente político de la España real, en la que estuvieran representados: las fuerzas del capital y las del trabajo, la derecha y la izquierda, los vencedores y los vencidos». En otro lugar precisa: «La convergencia en un mismo futuro de las fuerzas históricamente democráticas del exilio y de los nuevos demócratas del interior –muchos procedentes del franquismo político y social– avalada por los representantes de los grandes partidos europeos, representaba una alternativa al franquismo».

En las primeras páginas de esta obra visionaria, escribe: «En junio de 1962 hubo, sí, un contubernio: entre Munich y Asturias. Desde entonces, la democracia fue uno de los destinos posibles de España».

Por aquel entonces, Vidal Beneyto era el *señor Zavala*. Debía viajar con pasaporte falso. Capaz de llevar en su coche hasta Múnich, en un viaje plagado de aventuras, a los que no tenían pasaporte: Dionisio Ridruejo, Fernando Baeza, José Suárez Carreño, José Federico de Carvajal. El chalet que alquiló después de Múnich en Courbevoie, a las afueras de París, estaba siempre abierto a los españoles represaliados por el régimen franquista y críticos con él. Aquellos años sesenta, como afirmó el propio Pepín, fueron «los de la metamorfosis total en España, los que marcaron lo que posteriormente sería este país gracias a la ruptura económica de las políticas autárquicas».

De vuelta ya en España, enseña en la Universidad de Madrid cuando al producirse la expulsión de los profesores Aranguren, Tierno Galván, García Calvo y otros de la universidad, decide, junto a otros compañeros, solidarizarse con ellos y crear un espacio universitario alternativo. Así nace, en 1965, el Centro de Enseñanza e Investigación (CEISA), una audaz aventura intelectual y docente de incorporación de la sociología crítica a la cultura española. El proceso es interrumpido en 1968 por las autoridades franquistas, pero renace unos meses más tarde, coordinado también por Vidal Beneyto, con el nombre de Escuela Crítica de Ciencias Sociales, que será nuevamente clausurado por el Gobierno dos años después. El último intento, la Fundación Cultural Española, tiene una existencia efímera, de apenas unos meses.

En 2009, en un artículo escrito por él mismo y publicado el 5 de diciembre en *Le Monde Diplomatique*, titulado «EL CEISA, un ejemplo de resistencia intelectual», narra: «Los viejos maestros José Luis Aranguren y Enrique Tierno, acompañados por José Luis Sampedro, Carlos Ollero, Francisco Murillo Ferrol, José Antonio Maravall, Antonio Truyló y demás compañeros de discrepancia comedida, funcionaron como legitimación intelectual y primera barrera defensiva y gracias a ellos y al eco que tuvieron en buena parte de la burguesía ilustrada, se pudo fletar un ámbito colectivo de enseñanza e investigación, al que, en su primera salida dimos la forma de una sociedad mercantil y al que pusimos el nombre de CEISA –Centro de Enseñanza e Investigación, Sociedad Anónima–, que enlazó con los Cursos de Sociología de la Universidad de Madrid que se habían puesto en marcha en 1962 de la mano de Pablo Cantó y que pretendían suplir la ausencia de la sociología en los currícula de la universidad española.

Los Cursos contaron con los ya citados padres nutricios –Aranguren, Tierno, Sampedro, Ollero, Truyló– acompañados por Luis Ángel Rojo, Elías Díaz, Raúl Morodo, Ramón Tamames, Luis García San Miguel, Jesús Ibáñez, Antonio Colodrón, Alfonso Ortí, Pablo Cantó, Ángel de Lucas, Carlos Moya, Salvador Giner, Víctor Pérez Díaz, Mario Gaviria, Manuel Castells, Ignacio Sotelo, José Jiménez Blanco, Esteban Pinilla de las Heras, Jordi Borja, Ignacio Fernández de Castro y bastantes otros que se incorporaron en su totalidad a CEISA hasta que los poderes franquistas clausuraron su actividad en 1965.

CEISA nació en momentos políticos particularmente difíciles, lo que nos llevó a reforzar las barreras defensivas procedentes de la derecha social, incorporando a personalidades del

máximo prestigio y respetabilidad en la sociedad española de entonces para encabezar la nueva entidad. En ese sentido presidieron sucesivamente su Consejo de Administración Julio Palacios y Guillermo Luca de Tena, este último entonces director del diario *ABC*. En cuanto al Patronato Científico, máxima instancia académico-cultural de CEISA, su Presidente fue Pedro Laín Entralgo, cuyo prestigio era en ese tiempo unánimemente reconocido. Sin embargo, esta buscada respetabilidad no menguó, en modo alguno, ni en la práctica docente ni en las actividades intelectuales de CEISA, su voluntad rupturista con los usos académicos dominantes, cuestionando radicalmente al sistema y apostando por el paradigma que postulará algunos años más tarde la contestación estudiantil de Berkeley del 67 y de Mayo del 68 en Francia».

«(...) El principio básico para el funcionamiento de CEISA era la autogestión y los participantes en CEISA entendían la sociología como una actividad científica destinada a desvelar la realidad de los fenómenos sociales, que no podía confinarse en su análisis, sino que debía proponerse transformarla. En consecuencia, el propósito de nuestro proyecto no era la formación de los profesionales que reclamaba el mercado sino la de científicos comprometidos con la transformación y el progreso social». Y continúa: «Las dos grandes contribuciones epistemológicas de CEISA fueron: el haber impugnado la categoría de objetividad como el soporte mayor de la condición científica del saber social, y haberla sustituido por las de necesidad y reflexividad; y haber acabado con la mitificación del dato como trasunto literal de la realidad y haberlo configurado como lo que es: el resultado de un específico proceso productivo».

«(...) El intento de crear un espacio docente e investigador en el campo de las ciencias sociales absolutamente independiente y fuera de los ámbitos oficiales de la España franquista era un propósito de casi imposible cumplimiento como probó su realización. La Escuela Crítica sufrió la misma suerte que el franquismo había reservado a los dos intentos anteriores –los Cursos y CEISA– y, a los dos años de existencia, las autoridades interrumpieron su funcionamiento. La razón alegada por la policía, en esta ocasión, fue que una de las empleadas de la Secretaría de Alumnos, Teresa Marbá, era miembro del Partido marxista-leninista que acababa de ser desarticulado por la policía. Lo más chusco de esta acusación consistió en que el boletín *Vanguardia Obrera*, órgano del citado partido marxista-leninista, en el número anterior al cierre, acusaba a la Escuela de ser un “agente del imperialismo yanqui”, más peligroso, en sus propias palabras, que la misma CIA.

... montamos inmediatamente una estructura paralela que asumiera sus compromisos, en especial con los estudiantes, y que prosiguiera su acción. Aunque, obviamente, cada vez más convencidos de la extrema dificultad que representaba realizar una actividad docente y universitaria, sin condicionamientos y en libertad. La cuarta y última fase de esta imposible tentativa la constituyó pues la Fundación Cultural Española, que hubo de abandonar todos los contenidos docentes regulares y centrarse en la organización de seminarios de alcance reducido, así como de algunas investigaciones empíricas de contenidos no conflictivos. Pero el proceso siguió, obstinadamente adelante, desafiando al aparato policial y judicial del franquismo.

Que esta esforzada resistencia académica e intelectual haya sido silenciada por la mayoría de los historiadores y de los políticos de la España actual, prueba que la transición intransitiva que la propició, dejó las cosas en las manos que quería: las de la clase dominante. Destino al que siguen contribuyendo, de manera sorprendente, compañeros pretendidamente a la izquierda».

A partir de 1974, intervino activamente en la constitución de la Junta Democrática de España. La conjunción de las fuerzas democráticas, su objetivo permanente, lo lleva a incorporarse a las *Mesas Democráticas* y a impulsar su transformación en las *Juntas Democráticas*, de las que fue Presidente en Madrid-Región y, a partir de su exilio, en enero de 1975, de nuevo en París, de la Delegación Exterior de las *Juntas Democráticas*, aquella agrupación de opositores a la dictadura, entre los que se contaban personas sin filiación a ningún partido político y otras adscritas al Partido Comunista de España, al Partido Socialista Popular de Enrique Tierno Galván o a las Comisiones Obreras de Marcelino Camacho, base de la unidad de los grupos opositores al régimen y de la posterior paz en libertad.

En el exterior era el perfecto embajador de la causa democrática española gracias a su don de lenguas (hablaba seis idiomas a la perfección), su carisma, su extraordinaria capacidad para las relaciones públicas, su intachable credibilidad y sus innumerables contactos. Como dijo de él Santiago Carrillo, «Tenía muchas relaciones; sobre todo con intelectuales europeos. Era enormemente útil. Se podría decir que fue el ministro de Exteriores de la Junta».

Su decisiva participación en la Junta Democrática —«lo que fue para mí una experiencia esperanzadora»—, durante los años previos a la muerte del dictador, le costó una condena de dos años de cárcel por asociación ilícita. «Me gustaría que se reconociera todo lo que hizo por la democracia española», dice Bru.

Procesado y condenado por el Tribunal de Orden Público, es amnistiado en 1977 y se reincorpora entonces a la Universidad Complutense.

Entre 1971 y 1977, sofocado definitivamente el proceso de CEISA y de la Escuela Crítica de Sociología, Vidal Beneyto se consagra a su vocación docente en diversos centros universitarios extranjeros: Universidades de Austin (Texas), California (La Jolla), URADCA y LISH (CNRS) en Marsella, Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales y *Maison des Sciences de l'Homme*, en París.

Pionero en tantas cosas, a principios de los años 70, intenta establecer conexiones entre análisis de contenido, valores, discursos y lenguajes informáticos, a raíz de un trabajo sobre las críticas literarias de Fernández de la Mora en *ABC*.

En 1970 es nombrado Secretario General del Comité Internacional de Investigación sobre *Mass Media*, de la Asociación Internacional de Sociología, con Edgar Morin como Presidente.

Ampliarán su campo de investigación para convertirlo, en 1974, en el *Comité internacional de Investigación sobre Comunicación, Conocimiento y Cultura* del que Vidal Beneyto será Presidente durante casi veinte años. El Comité, que agrupó a más de cien investigadores de todo el mundo, puso en marcha estudios sobre temáticas tan innovadoras como el conflicto entre concentración empresarial y pluralismo informativo o la función de la comunicación como productora de la realidad. En este marco, el profesor lanzó una serie de investigaciones y encuentros internacionales que serían decisivos en la renovación de la comunicación de masas. Su apasionado estudio e investigación en la sociología del conocimiento, lo llevaría por los caminos de la sociología de la comunicación y la opinión pública.

Gérard Imbert, catedrático de Comunicación Audiovisual –con quien publica, en 1986, *EL PAÍS o la referencia dominante*, libro dedicado a su contribución al debate en una España democrática–, destaca su independencia intelectual y su capacidad de comunicación. «Firmaba a menudo como *comunicólogo*», recuerda.

En esos mismos años 70, Vidal Beneyto promueve, con otros universitarios y escritores –Edgar Morin, Alberto Spreafico, Francisco Delich, Henri Janne, etc.– una serie de iniciativas de solidaridad intelectual con los países del Sur, en particular, del Mediterráneo y de América Latina.

El Centro de Estudios del Mediterráneo y América Latina (CEMEL), primero, y la Asociación Mediterráneo-Latinoamericana (AMELA), posteriormente –que se convertirá luego en Fundación con sede en Ginebra y luego en Valencia–, lanzados y dirigidos por él, serán sus principales instrumentos. Dice de él Francisco Delich, Presidente del Consejo Superior de la FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) (1): «Lo conocí de lejos cuando asumí la secretaría ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales y todavía Franco gobernaba España, cuando Videla preparaba el golpe contra la democracia y la terrible ola de desapariciones que le seguirían, cuando las dictaduras se extendían por toda nuestra región como una mancha ulcerosa en el marco de la Guerra Fría. Más de cerca, cuando acompañó al exilio latinoamericano porque conocía en carne propia de qué se trataba, comprendía como pocos la respuesta política necesaria para quienes estaban dentro y fuera de la región practicando como podían las ciencias sociales. El exilio no es una condecoración, es una derrota y es a partir de su comprensión que reconocemos la memoria de los pueblos y la historia de sus luchas hacia horizontes abiertos».

En su libro *Memoria Democrática* (2007), que dedica «A la memoria de los que pagaron con su vida o con la cárcel su lucha por las libertades y a los que siguen en esa lucha», se refiere tanto a Múnich como a las Juntas Democráticas (que, en sus palabras, explican «esos dieciocho meses en los que los espacios públicos y la vida ciudadana estuvieron ocupados, casi en permanencia, por las fuerzas populares») y a la hermosa y valiente aventura que fue CEISA, que apenas duró tres años porque, en recientes palabras de José Luis Sampedro «tenía un rigor y una fuerza tal que alarmó a las autoridades franquistas».

El sociólogo francés Alain Touraine diría entonces de Vidal Beneyto que «se transformó rápidamente en una personalidad de primera fila de la lucha política e intelectual contra el franquismo. Numerosísimas son las iniciativas militantes en las cuales participó Pepín. También dentro del mundo académico, hizo grandes esfuerzos para introducir más diversidad en la enseñanza y para acercar las ideas y las luchas políticas, sin perder nunca conciencia de la independencia imprescindible del trabajo intelectual».

Con la transición democrática llegó, sin embargo, su gran decepción. «Comenzaba el régimen de partidos y él no quería estar ahí», diría Carrillo.

*La transición o la perpetuación de la clase dominante* es el elocuente título de la ponencia que pronunció en la *Jornada sobre La Transición española: nuevas perspectivas* –organizada por el Grupo de Estudios de Historia Actual, dirigido por Julio Pérez Serrano y Marie-Claude Chaput– el 8 de junio de 2009, en el Colegio de España en París.

En sus obras *Del franquismo a una democracia de clase* (1977) y *Diario de una ocasión perdida* (1981), expone, funda sólidamente y defiende una valiente, única y decepcionada postura frente a la transición a la democracia operada en España en los últimos años 70. Si encontró decepción, fue porque albergó una enorme esperanza, más ambiciosa que la que animó a quienes llevaron a cabo aquel proceso.

En contra de la inmensa mayoría, sostuvo siempre que la transición española había sido eso: una ocasión perdida. «Fue muy maltratado por la Transición», sentenciaba hace pocos meses Ignacio Sotelo.

Para Vidal Beneyto, el ideal de la democracia española se degradó y dejó la representación del pueblo «convertida en un *parabán* de la voluntad de los partidos».

En su artículo «La banalización del franquismo», publicado en *El País* el 26 noviembre de 2005, aún clamaba: «¿Por qué no se insistió en la negociación con los heredofranquistas en cerrar más democráticamente los grandes temas y se nos transmitió una realidad político-institucional que tenía que conducir al sectarismo de los partidos, al rechazo de la política y con el «café para todos» en el tema de la organización territorial a una situación permanentemente explosiva? Los vencidos de la Guerra Civil han sido también los vencidos de la democracia...».

Dos años más tarde, en una entrevista publicada el 1 de julio de 2007 en el mismo diario, del que fue fundador y colaborador siempre, decía:

«El tema de la transición me concierne muy directamente; no sólo por mi compromiso con la lucha por las libertades, a partir de los primeros años sesenta, sino porque estuve en ese proceso: primero, con las Mesas Democráticas, y después fui presidente de la Junta Demo-



crática de Madrid y luego de la delegación de las Juntas Democráticas en el exterior [organismos de la oposición al franquismo], que fueron los principales actores del paso a la democracia. Por lo demás, creo que es necesario introducir otras perspectivas sobre ese proceso de la reciente historia de España, que está absolutamente dominado por la hipótesis de una transición modélica que pretende que se operó una transformación total y casi espontánea desde el franquismo. Lectura que comparten muchas fuerzas políticas, así como una buena mayoría de los historiadores, sin excluir a los más notorios.»

«... La modalidad del cambio y la amnesia colectiva que luego se decretó, y que nos sigue impidiendo hablar de nuestra militancia antifranquista –silencio que nos igualó a todos en democracia, franquistas y demócratas–, legitimó con ello la sociedad del general Franco, sus triunfadores y sus botines. Un somero análisis de la España actual y de su clase dirigente nos remite a los mismos nombres, los mismos bancos, las mismas familias. Y quizá, lo que es más grave, a los mismos modelos y los mismos valores. La democratización de la corrupción es la quiebra de la moral pública como su inevitable consecuencia. Limitar la transición a su andamiaje institucional es falsear su naturaleza y alcance; es confinar una operación de conquista de una nueva realidad política en una negociación de notables.»

«... La ocasión era excepcional; pues, como prueba todo el material empírico de que disponemos sobre aquella época, en especial las encuestas cualitativas y las entrevistas en profundidad, existía una fuerte disponibilidad ciudadana coincidente con una extraordinaria moderación en las expectativas y en las demandas populares. Pero sobre todo porque teníamos por encima al *Big Brother*, personificado entonces por el presidente Nixon, que envió a Madrid al subdirector de la CIA, Vernon Walters, para entrevistarse con Franco y con la cúpula militar, comenzando por el general Díez Alegría. Estábamos en 1971, y todo quedó atado y bien atado. Con tal de que continuasen las bases militares y se mantuviese España en el dispositivo geo-político norteamericano, EE. UU. garantizaba la sucesión del régimen frente a cualquier golpe, viniese de la izquierda comunista o de militares facciosos. Tal y como quedó probado con la experiencia portuguesa, con padrinos de esa talla la estabilidad estaba asegurada y la involución era imposible. Perdimos, pues, esa ocasión, y hoy estamos empantanados en la corrupción, incluso bajo su forma más dramática, el terrorismo, que transforma en muerte el enfrentamiento de posiciones políticas antagonistas.»

Entre la infinidad de títulos y responsabilidades que ostentó, fue, además de los ya dichos: Vicepresidente del Consejo Federal del Movimiento Europeo, Consejero de varios Ministerios españoles de Educación y de Asuntos Exteriores, Co-fundador y Presidente de Honor de la Asociación de Usuarios de la Comunicación (AUC), Director General de Cultura, Educación y Deporte del Consejo de Europa, Consejero Especial de la Unión Europea, Asesor del Presidente del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo (BERD), Jacques Attali, Asesor del Comisario Europeo de Relaciones Institucionales, Cultura y Sector Audiovisual, Marcelino Oreja, Consejero de la UNESCO y Asesor *Senior* del Director General de la Unesco, Federico Mayor Zaragoza, Director de los Cursos de Verano de El Escorial, que cada año convoca la

Universidad Complutense, Colegiado de Honor del Ilmo. Colegio de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología, Co-fundador y Secretario General de la Agencia Europea para la Cultura y del Consejo Mediterráneo de la Cultura de la UNESCO, Miembro de la Academia Europea de las Artes, las Ciencias y las Letras, Coordinador del Encuentro Mundial de las Artes de Valencia...

Como Director General de Educación, Cultura y Deportes en el Consejo de Europa, cargo para el que fue elegido en 1985 (pese a la existencia de otras catorce candidaturas, la elección del profesor Vidal Beneyto por el Comité Delegado de Ministros fue unánime), desarrolló una extraordinaria labor: el lanzamiento de once itinerarios culturales, entre ellos el Camino de Santiago, las Rutas de la Seda y los Itinerarios del Barroco; la creación y puesta en marcha de diecisiete redes europeas de centros culturales; la extensión del programa de enseñanza de lenguas; la concepción y el lanzamiento del programa Industrias de la Lengua; la creación del Fondo para la producción cinematográfica *Eurimages* y la defensa de los derechos de autor en el ámbito audiovisual; la creación y puesta en marcha de tres programas de Educación permanente, la creación de archivos audiovisuales y programas para la defensa del patrimonio cultural, etc.

Esta vocación europea de José Vidal Beneyto, insisten Guillermo Luca de Tena y Marcelino Oreja en el artículo publicado en su memoria en *ABC*, el 18 de marzo de 2012, lo llevó a cultivar una fecunda actividad periodística, recogiendo la realidad del momento desde la perspectiva de su amplia visión, con espíritu riguroso y crítico, atendiendo a todas las perspectivas del proceso de integración de nuestro continente.

En su libro *Por una Europa política, social y ecológica* (2005), hace una síntesis de su actividad periodística, en la que reproduce cien artículos escritos a lo largo de veinte años, que constituyen una referencia indispensable para conocer la cultura, la comunicación y la sociedad europeas, el régimen de partidos y elecciones, la construcción y ampliación de la Europa comunitaria y tantas cuestiones más, que ha ido desgranando semanalmente con una visión, una lucidez y una fuerza extraordinarias, sin ceder nunca a oportunismos ni conveniencias, fiel siempre a su independencia de criterio y a su acusada personalidad «lúcida, indómita», como la define Mayor Zaragoza.

Fue socio fundador de *El País*, en el que publicó sus colaboraciones habitualmente, hasta días antes de su fallecimiento: su último gran artículo, el 2 de enero de 2010, lo dedicó a Juan López de Uralde, el director de *Greenpeace* España, encarcelado en Copenhague. Brababa contra el fracaso de la Cumbre del Clima.

Fue, asimismo, colaborador habitual de *Europa Zeitung* y *Le Monde-Diplomatique*.

En los años 90, en el marco de las acciones internacionales de la Universidad Complutense, el Profesor Vidal Beneyto contribuyó decisivamente a la creación del Colegio de Altos Estudios Miguel Servet de París, en el que participan veinte universidades españolas, francesas,

italianas y portuguesas. Dirigido por él desde 1993 hasta su muerte, su especialidad es el estudio y la formación en la gestión de áreas integradas –Unión Europea, Mercosur, países del Mediterráneo, etc.– y el apoyo en ellas a los procesos de construcción y reforzamiento institucional. Desde el Colegio lanzará, a principios de los años 2000, un grupo de reflexión en torno al proyecto de una constitución europea, cuyo trabajo quedó reflejado en el libro que editaría el propio profesor, *El reto constitucional de Europa* (2005).

Fue en aquellos años, en 1996, cuando tuve la fortuna de conocerlo. Estudiaba yo en Madrid la especialidad jurídico-comunitaria de la carrera de Derecho y una tarde que, si no fuera por su aparición, no recordaría, entró en nuestra clase de tarde. No lo conocía ni había sabido antes de él. Venía a aquella facultad a reclutar alumnos para el postgrado de *Estudios Jurídicos y Económicos de la Unión Europea*, que había creado en el marco del Colegio de Altos Estudios Europeos Miguel Servet, concitando la colaboración de innumerables instituciones, pocos cursos antes, en La Sorbona. A quienes quisiésemos estudiarlo, nos brindó acudir al aula magna de la facultad a hacer una prueba escrita. Recuerdo que nos propuso como tema definir la identidad y que, acabado aquel ejercicio escrito, disertó espontáneamente sobre ella con una lucidez, una vocación pedagógica y un conocimiento tales que de inmediato supe que quería estudiar lo que aquel hombre grande, sereno, jovial y sabio proponía. Y así fue. Pocos días después supe, aún inconsciente de lo afortunada que por ello era, que había sido seleccionada para cursar aquel postgrado que constituye para mí, sin duda, la experiencia más alta que he conocido de la excelencia. Aquel curso que él había conseguido concebir y realizar y que impartían investigadores del *Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS)* (Centro Nacional de Investigaciones Sociológicas francés), magistrados del entonces Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas, altos funcionarios de la Comisión Europea, profesores de diversas disciplinas en La Sorbona, en *Sciences Po* y en otras prestigiosas instituciones etc., constituye una de las vivencias más enriquecedoras y estimulantes que haya tenido el privilegio de conocer: el rigor, la riqueza de enfoques, de miradas, la libertad, el reconocimiento ecuaníme de las capacidades y el esfuerzo...

El Profesor Vidal Beneyto tenía una de las vocaciones docentes más grandes que haya conocido. Apenas nos dio clase. Sus muchas responsabilidades se lo impedían pero, en las escasas ocasiones en que nos acompañaba en actos académicos, escucharlo o conversar con él durante unos minutos bastaban para atisbar el universo infinito que había indagado con curiosidad constante, viva y humilde, su conocimiento enorme, su necesidad de explicarse el mundo y de compartir, generoso, lo aprehendido, su inconformismo, su comprensión de muchas cosas, su pasión por descifrar con lucidez fenómenos complejos: la comunicación, la cultura, las relaciones internacionales, la intrahistoria de los pueblos... En él conocí, sobre todas las cosas, una bondad que he tardado años en advertir en todo su significado y poder valorar: su absoluta confianza en la juventud, su apuesta por la educación, su confianza en que la inoculación del virus de la inquietud y del afán de comprensión y de conocimiento en los jóvenes los lleva a hacerse dueños de su futuro. Un hombre del prestigio que él gozaba, larga y merecidamente ganado entonces, que hacía el esfuerzo ingente que suponía

levantar cada curso aquel postgrado (con la colaboración constante y magistral de su esposa, Cécile), granjeándose y renovando la participación de decenas de instituciones y de aún mayor número de excepcionales profesores y colaboradores, sólo podía hacerlo movido por esa escasísima y valiente convicción en que la emancipación se gana a través del conocimiento, del sentido crítico. Quería personas fuertes, librepensadoras y poderosas. Algo poco frecuente. Nos enseñó a estar y a mirar de otro modo, con otro afán. Nos dejó «un legado de insumisión», como lo calificaría, a su muerte, Mayor Zaragoza.

En noviembre de 2006 fue investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Valencia. Su tierra le rendía un reconocimiento debido. Propuesto por el Departamento de Sociología y Antropología Social de la Universidad, por considerar a este intelectual valenciano uno de los referentes de la Sociología española moderna, y en particular de la valenciana, la memoria que refrendaba la distinción subrayaba que fue «el primer valenciano que se introdujo en dicha disciplina durante el régimen franquista, cuando se trataba de un campo desconocido para toda una generación». «El primer profesor de Sociología del Conocimiento y la Cultura en todo el Estado español que, en los años sesenta, se encontraba entre los componentes de la conocida Escuela Crítica de Sociales de Madrid, uno de los embriones de la Sociología moderna en España». En su *laudatio*, la Universidad reconoció el «carácter humanista y social» de Vidal Beneyto, caracterizado siempre por «su batallar por la cultura de la paz, la promoción de la cultura y, en general, los valores de la democracia y la comunicación intercultural, tan pertinentes para la construcción de la convivencia social en nuestros días», la fecundidad de su vida, su espíritu cosmopolita y universal, en el sentido kantiano, su profundo sentido de la amistad y de la libertad, su capacidad crítica y de análisis comprometida con la verdad y su búsqueda, su hermanamiento, a través de los siglos de la Modernidad, con Luis Vives, su vocación de enseñar con agudeza crítica, su innovadora, constante y audaz labor investigadora y editora, su participación incansable *urbi et orbi* en toda clase de actividades culturales y eventos político-sociales que hace de él paradigma del intelectual crítico que sabe proyectarse dinámicamente en la apresurada y ruidosa globalización insegura, como también refugiarse en el silencio de la lectura de cientos de libros que guían y dan solidez a sus reflexiones, su condición de gran lector, de intelectual honesto, el ejemplo de su dignidad intelectual y de su pasión académica, su ambicioso europeísmo, su rigor, su valentía para demoler embustes y denunciar imposturas intelectuales...

En el discurso que pronunció en aquel acto, «Una década prodigiosa: los años 60 entre reformas y rupturas», desgranó las causas –políticas, económicas, culturales, sociales, sociológicas– que produjeron «la mudanza total de la realidad española» y su aproximación a las modalidades y normas de la actividad económica occidental. Este nuevo rumbo, como consecuencia del acuerdo de 1953 con los EE. UU. y el Concordato con la Santa Sede, y pese a las resistencias de buena parte del franquismo, activó la economía y espoleó el éxodo rural y la urbanización de España. La profunda transformación social producida en aquellos años, en un proceso que a Francia llevó siete décadas, se debió a los españoles y a las sociedades civiles de los ámbitos autonómicos de hoy. (2)

Edgar Morin, el sobresaliente sociólogo y filósofo francés, fue el presidente que Vidal Beneyto eligió para la Agencia Europea de la Cultura, con sede en la Unesco. Presente junto a él en los encuentros que organizaba como presidente del Consejo Mediterráneo de la Cultura, decía: «Pepín me arrastraba a sus grandes aventuras intelectuales europeas, mediterráneas y latinoamericanas».

En sus últimos años, apoyándose en la Agencia Europea de la Cultura, AMELA y el Colegio de Altos Estudios Europeos y buscando, como siempre, construir y reforzar sinergias, lanzó grandes programas como «Europa Mundi» y «La Gobernación del Mundo», reconociendo la multipolaridad de la realidad mundial y defendiendo la justicia y el derecho. «Nuestro objetivo no debe ser gobernar la mundialización, sino establecer una gobernación política del mundo que encare y elimine, o cuanto menos reduzca, los efectos más catastróficos que sufren nuestras sociedades», declaraba. Asentaba la gobernación en dos supuestos básicos. El Programa «La Gobernación del Mundo» dio lugar a tres volúmenes colectivos, en los que se defendía que la mediatización no es ineluctable ni irreversible, aunque sea dominante y su objetivo, controlar la globalización a través de la concentración de grandes áreas geopolíticas regionales integradas y transversalizadas.

Casi todos los libros publicados al final de su vida tienen que ver con la globalización. Los desafíos de las nuevas tecnologías, el altermundialismo, la búsqueda de otro orden internacional, los peligros de la apatía y el desapego ciudadano de los asuntos públicos en los albores del siglo XXI, esa «liquidez social» enunciada por Bauman para describir «esta fragilización de todos los lazos sociales y de las formas más eminentes de las relaciones interpersonales» eran asuntos que le inquietaban y enfrentaba con una mirada y un entusiasmo insólitos en un octogenario.

En *La ventana global* (2002) explora, con su enorme y minuciosa mirada, los mecanismos económicos que rigen el universo mediático, subraya su vulnerabilidad, examina la relación entre ética y comunicación y presenta los principales sistemas de regulación existentes. También aborda el tratamiento mediático de las guerras, la intrusión de los comunicadores en la práctica judicial, la fagocitación de los medios por la *telerealidad* y la función que éstos han asumido como productores de realidad.

En *Hacia una sociedad civil global* (2003) indaga en la transformación de la sociedad-mundo en sociedad civil global, para intentar determinar sus posibilidades y sus límites, sus servidumbres y sus esperanzas; y en *Derechos Humanos y Diversidad Cultural* (2006) analiza y cuestiona ambos conceptos, desde una nueva visión de ambos, partiendo de su historia, como una larga marcha, con avances y con retrocesos, indisociable del periplo ideológico que la ha acompañado paso a paso, y que ha perturbado su mensaje, y enmarañado su desarrollo y cumplimiento. Concluye la necesidad de pensar y aplicar unos derechos humanos basados en valores no excluyentes, que permitan a la humanidad encaminarse hacia el progreso y sólo unos derechos humanos concebidos desde la perspectiva de la diversidad cultural nos conducen a él.

También en 2006, lanzaba la tercera etapa de la Fundación Amela –acrónimo de Área Mediterránea-Latinoamericana– con sede en Valencia, consagrada al cruce entre las áreas mediterránea y latinoamericana, entre el Norte y el Sur, entre el Este y el Oeste. Y, para llevar a cabo este propósito, Amela creó un programa, «Progreso sostenible e integración regional», destinado a esos ámbitos mediterráneo y latinoamericano, que sigue desarrollándose después de su muerte a través de diversos encuentros y publicaciones, tanto teóricas como pragmático-operativas: *América Latina, hacia su unidad* (2008), *Hacia una Corte de Justicia latinoamericana* (2009), *Comunicación, convergencia e integración en América Latina* (2010), *Convergencia sindical, Movimientos sociales e integración latinoamericana* (2011).

«Nunca dejó de promover las iniciativas que hicieran de la educación, la reflexión y la acción política un único ariete de transformación cultural», escribía en 2010 Basilio Baltasar en su memoria, bajo el título *La esperanza crítica*.

El 10 de febrero de 2009, promovió en Madrid, con otras veintitantas personas, la primera reunión de trabajo de la Plataforma para el proyecto de *Cooperativa de ideas Walter Benjamin*, su último desafío que tenía como «propósito principal combatir el déficit ético, poner fin a la miseria ideológica, superar la impotencia teórica y oponerse a la regresión social y política que dominan las sociedades civiles europeas y el espacio público mundial...»

En abril de 2010 se publicó, ya sin él, *La corrupción de la democracia*. De nuevo, una obra valiente en la que denunciaba «cómo el triunfo absoluto de la democracia, su dominación omnímoda ha equivalido a su perversión irrecuperable; de cómo hemos pasado, en palabras de Rancière, de la democracia parcial y triunfante a la democracia total pero vendida y criminal».

«...yo, que soy un incurable demócrata que no puede resignarse al arrumbamiento de la democracia, me he incorporado al pelotón de los que intentan relanzarla. Este intento busca realizarse en las formas mismas de la vida material y su más visible concreción serán los comportamientos cotidianos de los individuos, que apuntan al cumplimiento de sus necesidades y expectativas más urgentes e imperativas» (*El País*, 12 de diciembre de 2009).

Con un pensamiento revolucionario en tiempos que anunció y denunció de involución, defendió con pasión la necesidad de un «reformismo social» que diera cuerpo al «desarrollo de la vida asociativa, la conquista ciudadana del tiempo libre, la autogestión individual y comunitaria de la vida cotidiana».

Bajo el título *Sociología y franquismo*, texto que escribió semanas antes de fallecer, traza una historia de la aventura intelectual que protagonizó en los años sesenta en el Centro de Enseñanza e Investigación, Sociedad Anónima (CEISA), y en el que aprovecha para dibujar un fresco, casi en primera persona, de lo que fueron los difíciles avatares de la sociología en aquellos años previos a su institucionalización académica y profesional.

En febrero de 2010 fue homenajeado durante el II Congreso Internacional de la Asociación Española de Investigadores de la Comunicación (AE-IC) que se celebró en Málaga. A este encuentro, el profesor ya no pudo asistir como estaba previsto. Se encontraba hospitalizado y en estado crítico.

Pocos días después de su muerte, el Gobierno español concedió a José Vidal Beneyto la Medalla de la Orden del Mérito Constitucional a título póstumo.

En mayo de 2011, el Instituto Cervantes de París le rindió, entre tantos otros actos de reconocimiento, un sencillo y debido homenaje. En él estuvieron el filósofo Edgar Morin; Jacques Leenhardt, director de estudios de *l'École des Hautes Études de Sciences Sociales* que le había acompañado en el Comité internacional de investigaciones sobre Comunicación, Conocimiento y Cultura de la Asociación Internacional de Sociología; Gérard Imbert, profesor de comunicación audiovisual en la Universidad Carlos III y escritor que participó en el estudio internacional de dicho Comité sobre «Diarios de referencia dominante y producción de la realidad»; Ignacio Sotelo, ensayista y profesor emérito de la Universidad Libre de Berlín; Fernando Álvarez Uría, profesor de sociología de la Universidad Complutense de Madrid; José Luis Dicenta, Secretario General de Unión Latina; y la música y la palabra de Paco Ibáñez, a quien Vidal Beneyto había dedicado pocas semanas antes de su fallecimiento un artículo, «Fiesta Republicana en París», con ocasión de un concierto suyo en el Teatro del Châtelet, en el que elogiaba su independencia radical, que se atrevía a calificar de paradigmática y que consideraba, en estos momentos, capital para devolvernos las esperanzas en la democracia española.

Con la presencia de la personalidad excepcional y siempre discreta de su mujer, Cécile, cuantos allí tuvimos el honor de estar presentes recordamos algunos de los muchos aspectos de este «innovador cultural», de este «hombre original», en palabras de Sami Nair; de «un hombre infatigable», como dijo de él Paul Preston.

José Luis Dicenta reafirmó compartir con él «su defensa de los procesos de integración regional como mecanismos de resistencia frente a las ansias de dominación de los grandes imperios». Ignacio Sotelo recordó las dos grandes inquietudes que ocuparon al profesor en sus últimos años: «luchar contra la mercantilización de los valores personales y cómo conciliar la realización individual con la necesaria solidaridad colectiva; cómo, sin renunciar al cumplimiento de nuestros fines personales, ser útiles a los demás». Morin evocó, entre tantas cosas, cómo sus discrepancias iniciales, varias décadas atrás, respecto del marxismo se tornaron «profundo acuerdo en nuestros diagnósticos sobre el estado del mundo globalizado a partir de 1990».

En estos días, la Universidad de Valencia avanza en la creación de un Premio de Ciencias Sociales que llevará su nombre.

Este «hombre comprometido con las buenas causas», como dice de él Sami Nair, que concilió en un carácter extraordinario una insólita talla intelectual y la determinación valiente de los hombres de acción, nos deja una trayectoria vital y una obra científica de vibrante profundidad y altura intelectuales y humanas.

Uno de sus lemas era: «La libertad individual como responsabilidad social». Su sabiduría, su ecuanimidad y grandeza de espíritu para reconocer siempre al otro y, sobre todo, su fe, su convicción en la posible y necesaria emancipación de las personas son los hallazgos más esperanzadores que haya conocido nunca.

## NOTAS

(1) La FLACSO es un organismo internacional, intergubernamental, de carácter regional y autónomo, creado desde 1957 y constituido por diecisiete países latinoamericanos y caribeños, para promover la enseñanza y la investigación en el campo de las Ciencias Sociales. Constituye hasta hoy día, el mayor y más importante programa regional de formación en Ciencias Sociales. Sus unidades actúan en trece países del área, que realizan labores de investigación y docencia post graduada en diversas temáticas. <http://www.flacso.uh.cu>

(2) Puede verse la grabación íntegra de la ceremonia de investidura en: <http://roderic.uv.es/handle/10550/17645> y <http://mediauni.uv.es/vid/4>